

MARRAMBLAS
Y
FARRAGUAS
2014



Handwritten signature

Un jurado compuesto por Marina Cobo, Dolores Gallego, José Manuel Hernández, Juan Antonio Martín, Roberto Sánchez y Fernando Sánchez decidió el jueves 14 de agosto de 2014 que los ganadores y finalistas del 6º Certamen de Relato Corto y del 4º Certamen de Escritura Rápida “Marramblas y Farraguas” fueran los siguientes:

CONCURSO DE RELATO CORTO

- 1º premio: ETERNO ANFITRIÓN, de Sergio González Sánchez
2º premio: EL CIELO DE GREDOS, de David Fernández Hernández
3º premio: EL CIELO QUE NOS CUIDA, de Itziar Matamoros García

CONCURSO DE ESCRITURA RÁPIDA

- 1º premio: MI CALCETÍN, de Patricia Martín Rivas
2º premio: CARTA A LUCÍA, de Virginia Hernández Paz
3º premio: SÉPTIMA CHARLI, de Rafael León del Río

MENCIONES INFANTILES Y JUVENILES

- Iratxe Méndez Balcazar, por LAICA, LA PERRA ESPACIAL
Aileen Gómez Martín, por LAURA Y EL ESPACIO
Silvia Asensio Sánchez, por UN VIAJE ESPACIAL
Mara Sánchez Torralba, por EL VIAJE DE DERA
Raquel Martín Rivas, por IMAGINANDO COMO NIÑOS

ETERNO ANFITRIÓN

(1º Premio de Relato Corto "Marramblas y Farraguas")

Doce de la noche. Los prisioneros son despertados a patadas por sus captores en el campamento provisional de "Las Beceas". Juan, magullado en toda su sufrida piel, muy mermado físicamente, tarda en reaccionar, lo que provoca la reprimenda de un captor. Una vez en pie, el escuadrón de diez presos camina a golpe de silbato. Mientras, el cielo de Gredos muestra su mayor crudeza nocturna e invernal. No deja a las nubes asomarse, pues quiere acompañar a sus futuros huéspedes en su suplicio. La luna brilla bella, gigante, pero deja ver atisbos de su profunda pena. Al mismo tiempo, en el pueblo, María se encuentra sentada junto a la ventana con su hija Sonia, de ocho años, contemplando el cielo de Gredos y el paisaje blanquecino y lúgubre que colorea la luna, mientras reza un rosario, dos, tres...

Dos de la madrugada. Los diez presos siguen caminando hacia su suerte, exhaustos, apesadumbrados. Uno de ellos cae al suelo, abatido. Sus compañeros lo intentan levantar, pero es inútil.

-¡Sabandijas! ¿Os he dado permiso para ayudarlo? -grita el capitán-. Ahora pararemos a descansar un rato, así podréis contemplar cómo agoniza vuestro amiguito.

Veinte minutos después, el caído moribundo se entrega a la muerte maldiciendo a sus enemigos. En ese momento, el resto de prisioneros continúa su travesía. Recorridos unos metros desde el cadáver, Juan vuelve la cara llorando y contempla cómo el cielo de Gredos abraza el cuerpo inerte de su compañero, recubriéndolo de una fina capa de hielo invernal.

-Pronto nos veremos, camarada -, balbucea Juan.

En el pueblo, María y su hija siguen contemplando las estrellas. La madre no deja de mirar el reloj. Cada minuto siente pinchazos en el corazón, el minuterero la ataca una y otra vez, preparando el terreno para el golpe definitivo. De repente Sonia ve una estrella de madera que le hizo días antes su padre.

- Mami, papá no va a volver, ¿verdad?
- No, hija -contestó entre sollozos María -. Papá se va al Cielo.

Tres de la madrugada. Los presos llegan a "La Torre". Los captores siempre actúan ahí, ya que la población puede ver desde sus casas el fuego de las armas en las ejecuciones. El viejo cielo de Gredos lo prefiere, pues así sus acogidos están más cercanos. No puede realizar grandes esfuerzos: la edad y la multitud de huéspedes que acuden a él últimamente merman sus fuerzas.

Juan levanta la vista y ve una estrella fugaz. Se acuerda de su mujer e hija y sus ojos lloran a lágrima viva. Recuerda la conversación que tuvo con la pequeña días antes.

- Papá, ¿qué son las estrellas fugaces?
- Son personas, cariño. Personas que han luchado por la libertad. Cuando ya no pueden luchar más, el cielo de Gredos los acoge y luego se convierten en estrellas, para cuidar de los que estamos en estas montañas.

Cuatro de la mañana. Es la hora. Todo listo. Las voces de los verdugos preparando su festín llevan una hora atemorizando el paisaje. Los presos son colocados en fila.

- Soldados, ¡listos!

Juan llora. María reza.

- Soldados, ¡preparen armas!

Juan alza la vista, observando su próxima morada. María tapa los oídos de la niña.

- Soldados, ¡apunten!

Juan se mea, María llora. El cielo de Gredos no quiere mirar el bochornoso espectáculo y esconde sus estrellas y la luna detrás de las nubes. La oscuridad se ciñe sobre el paisaje, preparando su luto.

- Soldados, ¡disparen!

El estruendo despierta a los pájaros, que escapan despavoridos. Juan cae al suelo y María abraza intensamente a Sonia. Las dos empiezan a llorar desconsoladamente.

Unos minutos más tarde, el Cielo de Gredos se zafa de las nubes e invita a los ocho prisioneros a unirse a él. Les tiende la mano con cariño y los abraza tiernamente, como buen anfitrión. Uno por uno entran en su nuevo hogar, su hogar para el resto de los días. En ese momento, María y Sonia se encuentran mirando por la ventana, la mirada perdida. Sus ojos vacíos reflejan su dolor. De repente, una estrella fugaz cruza el firmamento ante ellas.

- ¿Ése es papá? – pregunta perpleja la niña.
- Sí, hija – le contesta su madre -. El Cielo de Gredos ya lo arroja en sus brazos.

Sergio González Sánchez

EL CIELO DE GREDOS

(2º Premio de Relato Corto "Marramblas y Farraguas")

Tenía los ojos abiertos y los párpados retraídos, la piel quebrada de un sol de invierno, las pupilas simétricas midriáticas, como una lechuza inquieta. Una boca limpia sin marcas en la comisura como si llevara años sin gesticular palabra.

Le desabroché la camisa y su piel seca denotaba desnutrición, aunque no estaba excesivamente delgado. Llevaba pantalones grandes, oscuros y rotos, remendados como si no fueran suyos y sujetos con un tallo de enebro a modo de cordino en la cintura.

Le rompí el cinturón con el cuchillo largo, intenté bajar la cremallera del pantalón pero estaba rota, así que tuve que rompérsela con la tijera de órganos huecos.

Tenía piernas musculadas, con buena tonificación, con flictenas en la planta de los pies. Parecía ser debido a los tres números de bota que tenía de más.

El diagnóstico era evidente al ver la vena pulmonar necrosada. Concretamente ésta era mi víctima 2024.

Tras mirarle de nuevo a los ojos quería más, saber qué miraba y seguí buscando.

Cogí el bisturí y lo rajé en canal. Sangró poco, ya que toda la sangre se encontraba en la espalda. Empuñé la cortadora de costillas para observar la coloración pulmonar. Sus pulmones estaban rosas, como el hocico de un cordero, excesivamente rosas para su edad, respiraba aire puro y sin rastro de contaminación.

En su estómago todavía había resto de nueces, avellanas y alguna zarzamora; debajo del tejido subcutáneo apenas tenía grasa.

Cuanto más buscaba más intrigado estaba. Necesitaba saber qué es lo que miraba con tanto afán en el momento del trágico final para no dejar que sus párpados cayeran inevitablemente como una puesta de sol en el océano. Muchas dudas me abordaban: ¿qué hacía en ese momento?, ¿a qué se dedicaba?

La guardia civil tan solo confirmó su muerte a las 06:26 p.m cuando lo encontraron unos excursionistas en El Cabezo, un pico al sur de Gredos.

Al hacerle las pruebas tanato-químicas, dieron como resultado que el suceso se produjo a las 8:34 a.m de ese mismo día.

Sin más, en cuanto salí del trabajo, como si no hubiera un mañana, cogí el informe de la guardia civil donde venían las coordenadas x e y del lugar en cuestión. Me puse las botas con dos pares de calcetines, el forro y el plumas. También cogí los guantes térmicos impermeables, el frontal y una cuerda con un par de mosquetones por lo que pudiera pasar, aunque no tenía intención de usarlo.

Miré el móvil y el GPS. Vi la hora y que lo tenía cargado. A las 7:00 a.m todavía de noche con el frontal encendido y a menos dos grados centígrados, me dispuse a subir al Cabezo por una zona que los lugareños llaman el Majal.

Subí tan rápido como pude y cuando llegué arriba miré el GPS. Eran las 8:31 de la mañana, según mi GPS faltaban tres minutos para amanecer, el cielo estaba con un color rojizo, ardiente como si una onza de oro gigante estuviera a punto de salir en el horizonte. Certifiqué las coordenadas exactas y busqué algo que me explicara por qué seguir mirando cuando el corazón dice basta y tu último suspiro lo utilizas para mirar eternamente aquello que ansías no olvidar nunca.

Eché un vistazo a mi alrededor y vi huesos de animales. Parecían ovejas, como si ellas también hubieran elegido este sitio para pasar los últimos instantes de sus vidas. En ese preciso momento levanté la cabeza y miré hacia el Este...Lo entendí todo.

David Fernández Hernández

EL CIELO QUE NOS CUIDA

(3º Premio de Relato Corto "Marramblas y Farraguas")

Los tacones a campana se clavaban en el barro dejando a mi paso una estela cuadriforme mientras me afanaba en escalar la pendiente. Sobre el antebrazo izquierdo, descansaba mi ajado gabán de lana. Entre resoplidos, con un sol intenso que me golpeaba los hombros y el cogote, llegué hasta la cima.

En aquel rinconcito del planeta nada parecía haber cambiado. Clavé mi vista en el cielo, bajando la mirada hasta esa línea en la que el azul se une con el verde del campo y me arrojé sobre el prado, como si aún tuviese doce años. Allí, con los ojos cerrados, aspiré con zozobra el viento que olía a lejanos recuerdos.

Aquel lugar, desconocido y familiar al mismo tiempo, había sido el espacio predilecto de mis padres, tantos años antes, para sus descansos dominicales. Casi podía oír la voz enronquecida de mi padre, el chisporroteo de la panceta al freírse, el grito de mamá cuando le llevé aquel sapo gordo y pardo y el sonido del dado sobre el tablero del parchís.

Extraje un cigarro del bolsillo del gabán. Ciertamente, tuve una infancia de película. Después... todo se fue complicando. Hay veces en las que desearías volver atrás, aunque fuera para equivocarte de nuevo, pero de otra manera. Regresar de algún modo a esa época donde la única preocupación consistía en que mamá pusiese lentejas para comer, en la que el miedo era sólo a la oscuridad y la única responsabilidad cotidiana hacer los deberes de la escuela. Bendita sencilla y cómoda existencia infantil.

La espesa columna de humo del cigarrillo rompía un poco la postal límpida y clara que se extendía ante mis ojos. Aquel distinguido papel enrollado se iba consumiendo, a partes iguales por mis bocanadas y el efecto del viento, hasta casi abrasar la punta de mis dedos. Entonces pensé que ciertamente la vida era como una cajetilla de tabaco: una mañana la compras entera y crees que tienes mucho por delante, hasta que llega el día en el que aquel paquete es sólo un cartón arrugado, descolorido y decrepito al que le queda un único pitillo que consumir.

Me costaba recordar en qué momento todo se había derrumbado cual castillo de naipes. La pérdida de papá había supuesto un sufrido revés, pero mamá y yo nos las habíamos apañado para seguir adelante, unidas como el agua con aceite, horneando rosquillas en casa y yendo a la iglesia cogidas de bracete. Cuando las altas temperaturas hacían su aparición, continuábamos dedicando a esta cima nuestro tiempo libre, a yacer sobre el césped y ver pasar la tarde bordando coloridas estampas a punto de cruz. Al llegar la noche se asomaban las estrellas, brillantes y grandiosas sobre el amplio cielo de Gredos, cubriendo todo el espectro y envolviéndonos con su portentosidad. Entonces mamá señalaba una, la más fulgente, y decía que mi padre nos observaba desde allá arriba.

- Y, cuando tú te vayas, ¿también me mirarás desde allí?

Ella asentía con la cabeza, expeliendo una mezcla entre ternura y tristeza, y en sus leves arrugas se adivinaba un sufrimiento escondido tras una sonrisa forzada, besos que iban a parar a la punta de mi cabeza y abrazos suaves como terciopelo.

Yo, por mi parte, esperaba que se quedase mucho tiempo allí abajo conmigo porque, si no, yo no tendría con quién venir los domingos a zurcir y, además, ¿para qué quería el cielo tantas estrellas? Allí ya había cientos de ellas.

Mi turbia memoria, castigada por años de excesos, no recordaba bien en qué instante dejé de acompañarle a aquel monte. Supongo que fue cuando mi rebeldía adolescente comenzó a rechazar la compañía materna, a avergonzarse un poco de caminar por el pueblo junto a ella, a sustituir las tardes de juegos de mesa y leche dulce por un grupo de amigos que finiquitaban con ansia cervezas embotelladas en el callejón de detrás de la plaza. Fue entonces cuando mi madre pasó de ser para mí ese beso caliente y protector a convertirse en aquella señora quejica de mediana edad que montaba en cólera cuando no pasaba la noche en casa.

Protestó cuando dejé los estudios, cuando abandoné la vestimenta "decente" y al comenzar a fumar en casa. Los primeros años desaprobaba mis decisiones de una forma más enérgica, valiéndose de una autoridad materna que se iba extinguiendo de a poquitos. Algo después, con actitud sumisa y lacrimosa, rogando más que imponiendo, como si ya me hubiese dado por perdida. Algunas noches, sus discretos sollozos traspasaban los muros de su cuarto y me decía que era como si le hubiesen cambiado a la niña.

Mientras prendía un segundo cigarrillo, rememoraba aquella mañana. Yo arrojando sobre una maleta vieja leotardos agujereados, polvos de maquillaje y descoloridos vaqueros. La que me dio la vida a tres pasos de mí, inmóvil como el poste de la luz, con el rostro contrito a causa del sufrimiento, musitaba un bombardeo de molestas súplicas. "Pero piénsatelo bien hija mía, que te vas a equivocar, que ese hombre no es para ti".

- ¿Qué sabrá usted?- Decía yo, evitando mirarle a la cara- *Siquiera* le conoce.

- Pero una ya es perro viejo y se da cuenta de cómo son las personas *ná* más con verlas. Reflexiona un poco. No estás haciendo bien.

- Sinceramente, madre, me niego a quedarme en este pueblo de mala muerte y ver cómo se va escapando mi vida, igual que se le ha escapado a usted la suya.

Con aquella tajante frase, escupida cruelmente sobre el pasillo de la vivienda que me vio crecer, cerré la puerta y me fui.

Desde entonces habían pasado veinte años, once mudanzas, cientos de botellas de vodka consumidas y decenas de palos de todo tipo. Había vivido en diferentes ciudades, tenido muchas falsas "mejores amigas", intentado ilusionarme y levantarme tras cada revés.

Había pasado muchas tardes sin ánimos para sacar mi cuerpo de entre las sábanas, llorado muchas desgracias propias y ajenas, perdido dinero en tormentosos negocios y visto pasar noches enteras desde taburetes de algún bar de carretera. Hasta que aquel orgullo escondido de antaño me gritó friamente a la cara que ya estaba bien de desperdiciar años torpemente consumidos, de placeres fingidos, voluntades truncadas, tez manchada de rímel y lágrimas, meses de humillación constante, infidelidades mutuas, pasillos desconchados y pan rancio para desayunar.

Fue lo que me hizo coger ese autobús.

Aquel amanecer había dejado todo atrás para volver a mis orígenes y empezar de nuevo. Sin embargo me sentía extraña, débil, desgastada, con el cargante lastre de los años perdidos sobre el espinazo. Aunque con una extraña sensación de paz. El cielo de Gredos, tan claro y esplendoroso, me arropaba, me consolaba, enviaba ráfagas de refrescante brisa sobre mis pálidas mejillas.

La cajetilla de tabaco llegó a su fin sin que yo hubiese aclarado mis afiladas dudas. No sabía si sería de buen recibo descender por el camino plagado de piornos y presentarme así, sin más. Quizá mi madre ni siquiera viviera aún, quién sabe, pues hacía dos décadas que había roto con mi vida por completo, buscando una existencia mejorada que jamás llegó, desoyendo sus recomendaciones, partiéndole la vida en dos. ¿Podría conseguir el perdón de aquella mujer a la que algún remoto día llamé "madre"? ¿Me echaría de allí a patadas devolviéndome las recriminaciones y reproches que yo le lanzase una vez?

Dejando que fueran mis pasos, y no la conciencia, los dirigentes, comencé a caminar sendero abajo hasta hallarme frente al descolorido portón. Advertí que todo seguía como lo hubiere dejado entonces: las gallinas, el heno apilado en el patio, el oxidado cerrojo que protege la cancela de la cuadra y el olor a pimentón ahumado escapándose por el tragaluz. Con una gran dosis de nerviosismo, pero algo de determinación, golpeé el portillo con los artejos.

Segundos después, éste se entreabrió discretamente y conseguí ver su rostro en la penumbra. No demoró ni un instante en reconocermé. Ni un segundo en transformar el gesto de sorpresa en un ademán plagado de dicha. Ni siquiera un momento tardó en arrojar su cuerpo sobre mí y obsequiarme con un inmerecido abrazo, cálido, reconfortante, que olía a lilas y a leña, a puchero casero, a perdón.

- Pero, hija mía, pasa, haz el favor- Dijo aquella voz que tan bien conocía, quizá algo más débil- Estás helada, hija. Ven a tomarte una tacita de caldo de pollo, verás que bien te sienta. Pero entra, no te quedes ahí.

Y agarrada a su brazo mientras ella me sostenía como si fuese yo la más longeva de ambas, me acurruqué contra su chaqueta azul de punto y me reconcilié con la vida. Con el

valor de todo lo que había dejado, con los serenos paisajes de Gredos, con la legítima felicidad que yo misma me hube negado.

Han pasado ocho primaveras desde mi regreso y hoy me hallo de nuevo en este monte, donde la suave brisa devuelve, por momentos, los años que se escurrieron. Mis retoños se entretienen jugando a su particular visión del ajedrez, felices, sanos y ajenos a los devenires de esta sociedad, mientras las chuletas se asan en la parrilla.

Desaparece la luz del día y miro al cielo, sin dejar de sonreír.

Allí está ella, cuidándonos y observándonos, como cada noche.

- ¿Qué estás mirando, mami?- Me dice la más pequeña.

- El cielo.

-¿Por qué el cielo?- Repone, atónita- Está muy negro. Sólo hay estrellas, todas iguales.

- Hay mucho más que eso, cariño. Algún día lo entenderás.

Itziar Matamoros García

CUADERNO DE BITÁCORA

Os voy a contar cómo he llegado a este asombroso lugar. Cuando la misión de la nave 1 fracasó, elegí asumir el mando para ser un nuevo líder para mi raza. De aquella misión no sobrevivió nadie... yo no tendría que estar aquí, me debería haber ido con ellos, con ella... Nos dedicamos a inspeccionar secciones frías de la corteza terrestre para crear un circuito que permita refrigerar nuestro hogar; el núcleo de la tierra.

En los últimos años la vida allí se ha hecho insostenible. Sobrevivimos gracias a máquinas que generan hielo construidas por nuestros antepasados, pero se averían con frecuencia y en breve quedarán obsoletas. Además el hielo ya no es tan frío y es escaso. Nuestra época dorada de progreso pasó ya hace muchos años y los pocos que quedamos luchamos para subsistir. Lo mejor que tenemos es que siempre permanecemos unidos y cada uno sabe el rol que debe desempeñar. Gracias a esta unión, desde hace cinco años trabajamos en la construcción de naves perforadoras que nos permitan encontrar lugares fríos en la superficie de la tierra. Muchas han partido hasta distintos puntos del planeta y ninguna hasta la fecha ha conseguido llegar al objetivo. Además muchas de ellas no han vuelto y hemos perdido a demasiados compañeros.

Yo era el subcomandante del proyecto Geoposicionamiento de Refrigeración Exterior (G.R.E). Debería haber ido en la nave 1, pero dos días antes de la misión, la construcción de la nave 2 sufrió un duro revés; hubo un accidente por una explosión de un motor. El comandante y yo éramos los únicos que sabíamos dirigir un proyecto así. El comandante, mi amigo, partió con la nave 1 y yo me quedé como comandante de la 2. Ellos estuvieron muy cerca de llegar a la superficie pero perdimos la comunicación cuando sufrieron una caída a una cámara magmática; no lo consiguieron.

Tuve que tomar las riendas de la nueva misión por mi amigo y por todos los que se habían ido intentando salvar nuestro hogar. Temía perder la vida como los demás pero tenía sueños que me aportaban esperanza, pues veía a mi amada guiándome hacia una luz cegadora. Ella no lo había conseguido y yo ya no tenía nada que perder.

Tras varios días de misión y cuando las fuerzas empezaban a flaquear, el radar detectó un lugar no muy grande pero muy frío y en estado líquido. Fuimos hacia él sorteando derrumbamientos y movimientos de placas y cuando pensábamos que íbamos a correr la misma suerte que nuestros camaradas, un potente halo luminoso entró por la única

ventana de la nave. Parecía que lo habíamos logrado pero estábamos asustados, no sabíamos con qué nos íbamos a encontrar.

Yo fui el primero en querer salir y al abrir la escotilla me encontré con esa brillante luz que tantas veces había soñado. Al adaptar mi visión pude observar lo más maravilloso que habían divisado mis ojos; un lugar verde con abundante agua flanqueado por rocas altas y protegido por una gran cúpula azul celeste.

Después de explorar varias zonas de la superficie, ese espectáculo bello que descubrimos en donde habíamos aparecido, era el que nos generaba un sentimiento más especial. El resto de lugares eran hermosos pero este era donde más estrellada era la oscuridad y más azul era aquella cúpula. Desde este lugar fue desde donde decidimos realizar las conexiones para conseguir enfriar nuestra nación.

Esta cúpula quedará para siempre impresa en mi retina... a ella le di el nombre de C.I.E.L.O. que son las iniciales de mis hijos, de mayor a menor edad. Al lugar donde aparecimos le llamé como a mi nave, la que nos salvó la vida: G.R.E.-2. Y a la masa de agua muy fría que permitió salvar a mi pueblo la llamé como a mi amada: Fernandina.

Alfonso Muñoz Romera

IMAGINANDO COMO NIÑOS

Yo imaginaba y observaba ese paisaje con más cuidado que nunca, detalle a detalle, forma a forma, silueta a silueta, maravilla a maravilla. El cielo de Gredos se mostraba hoy más bonito que nunca, con más elegancia y más sentimiento que el resto de los días. Incluso una tormenta fuertemente tronante vendría bien en este lugar.

El color apagado en invierno y el tono celeste en verano. Esas manchas con forma de nube de las que tantas cosas se pueden ver con un poco de imaginación. La imagen de los pajarillos revoloteando por los aires y el cantar de sus pequeños picos, motivo de relajación. El movimiento de los árboles, las montañas, los valles, los ríos, los pueblos de fondo, el paisaje. El aire y la pureza que se siente al respirarlo. El viento y la maravilla que se palpa al captarlo. En pocos sitios se puede sentir algo tan maravilloso como en ese lugar. En pocos lugares se puede disfrutar tanto como en este sitio. Pocas situaciones te ponen la piel de gallina como ésta.

Raquel Martín Rivas

BAJO EL CIELO DE GREDOS

Es un hombre tranquilo. Demasiado quizás, para el gusto de su jefe. Sin embargo, aunque trabaja sin prisa, si hay algo que no se le puede reprochar es el dejar trabajo sin cumplir. Y eso, hoy en día, es de agradecer, sin duda. Será por eso (entre otras cosas) por lo que lleva cerca de cuarenta años trabajando ahí.

Empezó siendo un chaval. Se vino a la Capital como otros tantos, huyendo de la monotonía que le ofrecía el pequeño pueblo donde vino a nacer. También huía, vamos a ser francos ya que nos ponemos, de ese matrimonio concertado desde poco después de asomar la cabeza al mundo y que todos en el pueblo esperaban con ansia infinita, tanto por el hecho de llevar tanto tiempo esperándolo, como por ver cómo al fin se fusionaban las dos familias más importantes del lugar. Las puertas de muchas casas se llenaban al atardecer, desde hacía años, de comentarios, silla de mimbre en mano y cesta de judías para desgranar a los pies, mientras, entre frijol y frijol, se especulaba con las maravillas de trajes, posibles coches nunca antes vistos en sesenta kilómetros a la redonda y menús exquisitos que podrían disfrutar los afortunados invitados a tan esperado enlace.

Sin embargo, ¡sorpresa!: nadie podía esperar que el invierno anterior a la boda, cuando ya tenían fecha en la iglesia (no mucho más había preparado, por aquel entonces no hacía falta tanta anticipación en los preparativos, otra cosa hubiera sido ahora) el chaval saliera por patas y dejara el 16 de julio libre para que sus paisanos celebraran tan solo el día del Carmen y así no interferir en la fiesta con una boda que le quitaría todo el protagonismo a su patrona.

En principio fue un susto. El chaval, que en teoría había ido a dar de comer a los caballos que su padre tenía en la finca que lindaba con la salida del pueblo, no apareció a la hora de comer. Creyendo que el muchacho se habría entretenido, pues a veces lo hacía, no le dieron mucha importancia y le apartaron un plato de patatas revolconas por si más tarde volvía con hambre. Cuando llegó la hora de la cena, su padre ya tenía un cabreo monumental, ya se lo estaba imaginando con los otros mozos, hinchándose a chatos de vino en el bar de la plaza, y eludiendo así la tarea que su padre le tenía asignada esa tarde. Que fueran una familia acomodada nunca había sido para él sinónimo de inactividad. Tantos animales y negocios necesitaban de atención constante. Una atención que él asumió siempre en primera persona y que estaba empeñado en transmitir a su único heredero vivo. Así que con esos pensamientos rumiando en su cabeza, enfiló para el bar dispuesto a montarle una bronca allí mismo. Entró en el bar como un elefante en una cacharrería, pegando voces que, en cuestión de segundos se fueron acallando según se daba cuenta de que allí no había más que los cuatro parroquianos que era frecuente ver por ahí a esas horas y que parecían formar parte del decorado del bar. Se quedó con un palmo de narices, ahora sí que se había descolocado. Preguntó al dueño y resultó que no lo había visto en todo el día. A la salida del bar se encontró con los mozos que solían juntarse con su hijo, y de ellos obtuvo la misma respuesta. No lo habían visto desde el día anterior.

La preocupación fue reemplazando entonces al mosqueo con el que había salido de casa. Era raro que el muchacho se saliera de su rutina. Si no estaba haciéndose cargo de las tareas que su padre diariamente le encargaba, estaba en el bar con sus quintos. Solo había un bar en el pueblo,

así que la búsqueda pronto terminaba en caso de necesitarle. Con su futura mujer era raro verle entre semana. Sus encuentros se limitaban a un paseo los sábados por la tarde y misa seguida de aperitivo y comida en casa de los padres de ella los domingos. Y de ahí no le sacabas. El padre, por si acaso, se acercó a casa de sus futuros consuegros. Nada.

Para la medianoche ya estaba la guardia civil en su casa y todo el pueblo en danza, alimentando con detalles imaginados lo poco que podían saber. Lo primero que hicieron fue acercarse a la finca de los caballos donde, suponían, había pasado la mañana. Por el camino los padres iban imaginando atrocidades. Su hijo con la cabeza abierta e inconsciente a consecuencia de un golpe contra una piedra al resbalarse por la zona que hace cuesta en la finca y que siempre se humedecía por el agua del manantial. Su hijo con una pierna destrozada por culpa de una coz del semental, imposibilitado para dar el mínimo paso y medio congelado por la temperatura a esas horas de la noche. Llegaron a la finca y encontraron a los animales claramente sin atender, metidos en sus cuadras, nerviosos, seguramente por el hambre que sentían. Rastrearón la finca, por si alguna desgracia de las que habían imaginado hubiera tenido lugar en ella, pero no encontraron nada. Pasaron la noche en vela, prestando declaraciones, proponiendo hipótesis y rastreando otras zonas.

A la misma hora en que sus padres llegaban a la finca donde le imaginaban desnucado, el muchacho entraba por la puerta de un motel de mala muerte y dudosa reputación en el que se disponía a pasar la noche. Había salido temprano de casa, más de lo normal. Aún dormían todos y aprovechó esa circunstancia para preparar un pequeño hatillo. Poco era lo que tenía que llevar. Dinero (todo el que había podido acumular en los quince meses que lo llevaba planeando). Algo de comida para el camino que preveía largo. Queso y pan, y algo de embutido de la matanza. Ropa, con una muda bastaría. Y el reloj, ese que su padre le había regalado unos meses antes, cumpliendo así la tradición que inició su abuelo al regalárselo a su padre cuando alcanzó la mayoría de edad. Ató todo junto dentro de un mantel (su madre seguramente no lo echaría en falta, tenía decenas) se lo echó a la espalda y partió, bajo el cielo de Gredos, en busca de un destino mejor del que se le presentaba si se quedaba. Caminando, se alejó lo bastante como para poder tomar algún medio de transporte sin que nadie conocido le importunara con preguntas. Cuatro pueblos más lejos, se sintió lo bastante seguro como para intentar que algún vehículo le llevara allá donde quisiera. Cinco días con sus cinco noches tardó el muchacho en llegar a la Capital, destino soñado durante meses, donde, pensaba, encontraría la felicidad que buscaba. Los primeros meses fueron duros. Encontró trabajo lavando platos en un restaurante de renombre, visita obligada para cualquier turista, por lo que siempre había pilas interminables de platos por sacar la mugre. Entre diez y doce horas pasaba nuestro amigo al día con el estropajo en la mano. Pero su ánimo no flaqueaba ni por esas. El día de la semana que libraba lo destinaba a pasear sin fin por todas esas calles y monumentos de los que había oído hablar a los forasteros que llegaban al pueblo y le contaban las maravillas que ofrecía Madrid. Tal era su embeleso con su nueva vida que para cuando tuvo a bien acordarse de qué estarían pensando sus padres de su desaparición ya habían pasado dos meses. Y para cuando quiso ponerse a intentar dar alguna explicación, ya habían pasado otros dos más. Por fin se decidió y llamó al bar del pueblo (único teléfono por aquella época para comunicarse con cualquier habitante del mismo) y cuando descolgaron y el muchacho se identificó, el dueño del bar le tomó por un bromista. El muchacho no sabía ya qué decir para convencerle de que era realmente él y no alguien que se

pretendiera mofar. El dueño, cuando pareció entrar en razón dijo con voz grave que esperara un momento, y al cabo de un rato el muchacho escuchó la voz de su padre.

Al principio sonaba incrédula. Esperanzada tras las primeras frases. Pasados dos minutos, el consabido tono de cabreo que gastaba su padre a diario, brotó de su garganta sin remilgos. Resulta que, tras horas, días y semanas de búsqueda sin el menor rastro, habían desistido y le habían dado por muerto "en condiciones sin determinar" según los gendarmes que llevaban el caso. Su madre, que de alguna forma tenía que asumir el duro trago, había organizado junto con la novia que había quedado viuda antes que casada, un funeral que precisamente se había llevado a cabo el domingo anterior. El discurso del padre no tenía fin. Pero se puede saber qué te pasa, tú estás tonto chaval, no, tonto no, gilipollas perdido, qué te falta a ti para largarte así, qué ha hecho tu pobre madre para que le des este disgusto, dime dónde estás que voy a ir y te voy a agarrar por el pescuezo, habrase visto semejante sinvergüenza, a tu pobre novia le has destrozado la vida, bueno, y a tu madre también. Dado lo poco que el padre le dejaba intervenir, no pudo más que mascullar alguna excusa, intentar dar alguna razón, pero acabó colgando sin ni siquiera despedirse. Varias veces al año eran las que intentaba a partir de entonces la comunicación. Por Navidad, por el santo de su padre, por el de su madre. Y siempre recibía el mismo discurso de su padre. Empezó a espaciar los contactos, ya de por sí escasos. Y de ir de visita ni hablemos, ni se le pasaba por la cabeza. Las cosas ahora le iban mejor, el trabajo ya no era tan duro porque tenía uno mejor, y poco a poco el recuerdo de su vida anterior se iba difuminando cada vez más hasta volverse un borrón que no le apetecía recordar.

Y así pasaron años, muchos. Y ayer recibe una llamada del único del pueblo con el que mantiene contacto. El dueño del bar (hijo mayor de aquel que le servía los chatos de vino a él y sus amigos) que a base de llamadas intentando mantener un mínimo de contacto con su familia se ha convertido en su nexo de unión con su pasado lejano. Le llama y le dice que su padre ha muerto. Era ya mayor, le dice, y su corazón ya llevaba unas cuantas encima. Se queda con el teléfono en la mano aún después de despedirse, pero en un momento toma una decisión. Mientras prepara una breve maleta (tan distinta a la que preparó años atrás en un mantel de su madre) piensa en lo que ha sido su vida y lo que hubiera sido de haberse quedado en el pueblo. Tampoco ha sido para tanto esto. Mira brevemente el reloj que lleva en la muñeca y mira al cielo a través de la ventana, tan distinto al cielo de Gredos, que en pocas horas va a volver a acompañarlo.

Verónica Burgos Caballero

EL CIELO DE GREDOS

Ahí estaba por última vez, contemplando el cielo de Gredos en el ocaso de su vida. Ya no le quedaba nadie con quien poder hablar, tan sólo podía dialogar con el niño pequeño que yacía dentro de él y que jamás le había dejado abandonado.

Tras ochenta y tres años de vida pisaba el paraje de Gredos sabiendo que eran sus últimos días en aquel lugar que había marcado completamente el destino de su vida. Nada más llegar quiso recordar el aroma a madera húmeda de la casa de su infancia. Allí fue inevitable recordar aquel traumático día en el que el bando franquista fulminó por completo a su padre delante de los ojos de un humilde e inocente niño de tan solo cinco años. Tras la toma del pueblo y por miedo ante posibles represalias, el destino envió a Sebastián directamente a Argentina, dónde se convertiría en un hombre hecho y derecho, pudiendo enviar dinero a su madre y hermanas pequeñas.

En Argentina las cosas tampoco funcionaban de una manera tan distinta. Sebastián encontró trabajo, gracias a la ayuda de una prima de su madre, como ayudante de camarero en un famoso hotel. Allí fue explotado hasta la adolescencia, donde ya pudo formar parte de la plantilla de camareros oficiales.

Sebastián poco a poco fue despuntando en su oficio, pese a recibir un salario muy bajo, con el que apenas podía vivir, realizaba su trabajo con una sonrisa de oreja a oreja. Gracias a su simpatía entabló relación con una familia de españoles que estaban en Argentina por motivos de negocios, en especial con Lucía, la menor de la familia. Sebastián todavía no lo sabía, pero acabaría enamorándose locamente de esa chica, y ella de él. Poco a poco los jóvenes iban ganando confianza, Lucía le contó toda la infancia vivida en el pueblo en el que nació: Gredos. Sebastián también afirmó ser de allí, pero prefirió no contar su dura infancia, tampoco decidió contarle a Lucía que se ganaba un sobresueldo en la taberna del muelle, dónde peleaba clandestinamente.

Tras una semana de estancia en el hotel, Alicia y su familia tuvieron que partir de nuevo hacia España. Antes, se intercambiaron las direcciones para seguir una relación epistolar. Ellos se gustaban, pero eran demasiado pequeños para saber qué es el amor.

Sebastián, frustrado por la pérdida de una de las personas con las que mejor había conectado desde que llegó a Argentina, se sumergió en el negocio de las peleas. Adquirió un cierto nombre en el oscuro mundo, llegando a llamar la atención de Toni, uno de los mafiosos más tenebrosos del muelle.

De la mano de Toni conoció el mundo de la prostitución, llegando a pasar cada noche con una mujer diferente, llegando a olvidar a Lucía y a sus cartas.

El destino le trajo de nuevo a Lucía al hotel. La relación entre ambos era mucho más fría que años atrás. Lucía, empeñada en conocer los motivos por los que su viejo compañero había cambiado, decidió seguirle una de las noches. Acabó en el muelle para poner fin a la carrera clandestina de Sebastián. Lucía lanzó un órdago a nuestro protagonista: o las peleas o ella. Su familia facilitó la baja de Sebastián en el oscuro mundo, pues se lo llevarían de vuelta para España para evitar problemas con el mafioso de Toni.

Sebastián volvió a Gredos después de veinte años. No era capaz de reconocer a la familia que le esperaba desde que emigró, había pasado tanto tiempo... Pero Gredos no fue su destino final, tras un tiempo de noviazgo con Lucía descubrió que era su mujer, que sentía cosas que ninguna de las incontables prostitutas le habían provocado, por lo que decidió irse a vivir con ella a Valladolid.

Por primera vez encontró felicidad en su vida: una casa que cuidar, un trabajo digno, una mujer que lo quería y lo demostraba día a día y una pareja de hijos en los que centrar el amor de la pareja. La familia decidió que sus hijos vivirían sus primeros veranos en Gredos, en el mismo pueblo que sus padres, que no se perderían el pueblo tranquilo y agradable que su padre se perdió por culpa de la Guerra Civil.

Toda esta felicidad se truncó con el Alzheimer de Lucía. Sebastián se convirtió en su verdadero enfermero. Lucía dejó de reconocerle, incluso llegaba a insultarle pensando en que se aprovecharía de ella, pero él pasó sus últimos días con ella en Gredos, tratando de recordar todas aquellas historias que se contaban en Argentina.

Sebastián enfermó de manera terminal, lo sabía, pese a que sus hijos pretendiesen ocultárselo. Vendió sus propiedades en Valladolid, volvió a su casa de la infancia en búsqueda de un aroma a madera húmeda que le hiciera por fin alcanzar su verdadero hogar, con su padre, su madre y Lucía, en el cielo de Gredos.

Roberto Pedrero Tomé

EL CIELO DE GREDOS ENTRE SUS MONTAÑAS. "UN PUEBLO QUE NO CONOCE EXTRAÑOS"

No es fácil encontrar un pueblo de las características de Navarrevisca. Como casi todos, tiene alcalde, un cura compartido y otros aspectos comunes.

Algunos cumpleaños se confunden con las fiestas patronales y hasta el Che Guevara ondea en una ventana de la plaza mayor. Un pueblo original.

Pero los pueblos no son nada sin los personajes que lo habitan. La mayoría, como sucede en otros, son de edad avanzada, algunos un poco maniáticos, luego están los más activos, los que tienen huerto y lo trabajan, y por supuesto la juventud o vida natural de una plaza mayor.

Una plaza como la de Navarrevisca es un libro abierto tanto para un historiador como para una "vieja del visillo".

El historiador nos diría que al atardecer aparecen los brotes del futuro, numerosos niños jugando en la plaza con el bullicio alegre y necesario para dar vida a un lugar que sin ellos estaría en silencio.

Balcones multicolor, exhiben sus flores bien cuidadas y mimadas por sus dueñas. Lugar de encuentro, lugar de relaciones, para jugar a las cartas o dar tus opiniones. Con sol o nieve, de noche o de día siempre aparece la vida en la plaza del pueblo. La observación de la vieja-visillo nos diría que: de las cuatro esquinas de la plaza no sé cómo solo tiene tres bares, con lo que se bebe aquí, no tardarán en poner otro.

De las bicis que merodean la plaza, ya las podrían prohibir, que para eso está el TOUR. De los niños corriendo y gritando, "ya les vale a sus padres" Y de la pelota...bueno eso es lo máximo...porque no hay cristales cerca y las farolas son muy altas...

Cuando un pueblo no conoce extraños es porque su gente es entrañable. Cuando una plaza reúne a mucha gente es porque ofrece algo. Tú eliges ver y compartir.

Juan Andrés de Arcos Sandoval

EL CIELO DE GREDOS

María siempre pensó que el tiempo no pasaba igual de rápido en según qué sitios. Desde que tenía uso de razón, se recordaba a sí misma preguntando: “¿cuándo llegamos?, ¿cuánto queda?”. Esas dos horas de camino eran eternas y sin embargo los dos meses de veraneo no podían pasar más rápido. “Pero, si parece que fue ayer cuando llegamos- ¿Ya hay que volver?” Eso decía de pequeña con los ojos inundados en lágrimas cuando el calendario marcaba el 31 de agosto y su madre la apresuraba a bajar las maletas al coche. Desde bien pequeña hasta ahora, con 24 años recién cumplidos, experimentaba las mismas sensaciones. Nada más entrar en el pueblo, el corazón empezaba a bombear más rápido de lo usual y la respiración se volvía intensa. Para ella, llegar allí implicaba volver a su niñez. Volver a escuchar el sonido del agua borboteando en el pilón y al burro de tío Perico rebuznando en el prado de al lado de la garganta; volver a oler las rosas que tía Braulia tenía en la puerta de su casa y que sólo pasaban desapercibidas cuando las boñigas de las vacas de Rogelio dejaban el gris asfalto como un campo de minas que había que sortear si no querías llegar con las zapatillas pintadas de marrón militar. Implicaba volver a ver el cielo de Gredos que con sus nubes más grises que blancas, apenas daba tregua para los baños en el río.

Nada más llegar, abría la puerta del coche y salía escopetada a la plaza. A medida que se aproximaba, aceleraba el paso pero siempre se encontraba a alguien por el camino que dilatava el momento. Paco, el del economato, era parada obligada. Si estaba en su tienda atendiendo, siempre saludaba a través de la ventana. Si no, estaba en la calle, al fresco, sentado en el poyete de piedra desde el que vigilaba el ritmo del pueblo. Al cruzarse con él, María trataba de poner la mejor de sus sonrisas y contestar de forma simpática al interrogatorio. María terminaba cada una de sus frases con un “bueno Paco...” con el único objetivo de iniciar la despedida. Pero él no se lo ponía fácil y no la dejaba escapar hasta que no había preguntado por cada miembro de la familia, uno a uno. Era el centro de prensa del pueblo. Toda la información pasaba por él, que a sabiendas de su fama de cotilla, se regocijaba de tener las exclusivas de noviazgos, bodas, separaciones y algunos que otros cuernos, desde casi antes que los propios interesados. Tanto era así, que en los últimos años los niños del pueblo le habían apodado Jorge Javier. Pero él, lejos de enfadarse, lucía unas gafas de pasta y había llamado Karmele al chiguagua que se había comprado el año pasado. Cuando María llegó a la altura del economato, Paco parecía que estaba allí esperando a verla pasar. Después de las preguntas habituales, Paco no se anduvo con remilgos: “María, ¿y qué tal con las amigas?, ¿ya os habéis arreglado?”. La pregunta de Paco cayó como un jarro de agua fría y la sonrisa de María se tornó en una expresión seria. Paco empezó a hablar sin parar, mientras María se quedó absorta. “Ay María, bonita, cuánto lo siento. Se dice en el pueblo que no os habláis. Y mira que me extrañó, porque erais un grupito bien majo. Si es que os recuerdo pasar con la bici de camino al río, entrando a comprarme chucherías. ¡Ay! ¡Todavía me acuerdo de ese verano que os pasasteis las horas muertas sentadas en las escalerillas de tío José viendo cómo levantaban la casa de Pepi! Ese verano no pude vender más paquetes de regalices y pipas! Ya le decía yo a vuestras madres, que era normal que unas mujercitas como vosotras no quisieran ir a coger ranas al Charco del Cura con los amigos. Si es que los chicos maduramos más tarde, si ya lo sé yo. ¡Ay qué verano! ¡Cómo os veía yo desde aquí ponerle ojitos al hijo del Antonio! Que oye, normal, porque entre vuestra revolución

hormonal y que por aquel entonces el chaval estaba de muy buen ver, allí os quedabais esperando a que entre andamio y andamio se cambiara de camiseta. Yo desde aquí, lo veía todo. Si es que os he visto crecer. ¡Qué pena me dio, de verdad, cuando me dijeron que estáis así!". Entonces María no pudo decir más que "Ya ves Paco, cosas que pasan". Ni una palabra más, ni una palabra menos.

Todo empezó cuando ella tenía 10 años después de una excursión del campamento de verano que el ayuntamiento había organizado. Su madre les apuntó a Alberto, su hermano, y a ella. Aunque María era bastante tranquila, Alberto era un rebelde que en el pueblo se hacía un poquito más fiero si cabe. Su madre ya no sabía qué decir cuando aparecía la señora Eustaquia quejándose amargamente por algún cristal roto. Alberto llegaba al pueblo y lo primero que hacía era entrar en el garaje a coger el tirachinas y metérselo en el bolsillo del pantalón. De nada servían los castigos y requisas, los tirachinas se reproducían y cada año se perfeccionaban un poco más. La excursión se hizo al pico más alto del pueblo. Allí surgió la amistad entre Clara, Amalia, María e Irene. Parecía que se conocían de toda la vida. Se habían visto en el pueblo antes, pero en aquella excursión fue donde surgió la conexión. Las pusieron en el mismo grupo en los juegos y también en la misma tienda de campaña. Desde ese día hicieron un juramento de amistad que renovarían cada año cuando repetían esa excursión. El cielo de Gredos fue testigo de los primeros minis, cigarrillos y novietes que tuvieron, de los llantos por los abandonos y las desilusiones, y las risas eternas que surgían sin saber por qué. Entonces nada hacía presagiar que años más tarde esa amistad inquebrantable quedaría sumida en un profundo letargo.

Volver ese verano significaba volver a enfrentarse a los fantasmas de los reproches y culpas, de las expresiones y frases que se dicen y no se piensan, llena de llantos y miradas que entremezclaban sentimientos de odio y pena. Pero con todo, María moría de ganas por llegar a aquella plaza y sentarse en su banco. Tenía la esperanza de que todo fuera como antes. Pero era difícil recuperar todo aquello. ¿Demasiadas cosas pendientes, demasiado tiempo sin hablar, o demasiado poco tiempo para olvidar? Entre reflexión y reflexión como consecuencia del monólogo de Paco, María siguió caminando. Ella se sentía sin rumbo, pero sus pasos se dirigieron a la plaza fruto de un mecanismo automatizado en su cuerpo que se resistía a llevarla a otro sitio que no fuera ese lugar. Esta vez la alegría se había convertido en tristeza y la impaciencia por llegar en resignación. Cuando por fin lo hizo, María se quedó inmóvil varios segundos que sin embargo parecieron horas. El tiempo se detuvo por primera vez en aquel pueblo y a María se le inundaron los ojos de lágrimas maldiciéndose por haber vuelto a él.

De repente sintió una mano en su espalda. Se dio la vuelta mientras su corazón sobresaltado aceleró el ritmo aun más si cabe, pero era Alberto que la buscaba porque tenía sus llaves. "¡Alelú! ¿Qué te pasa? ¿Has visto un fantasma? Has salido corriendo y no tengo llaves con las que entrar en casa." Ella haciendo un ademán de reaccionar frente a aquella petición se las dio y volvió a girarse mirando hacia la plaza, sola, inmóvil. En el horizonte, al final del callejón, se apreciaba cómo el sol brillante iba bajando sobre un cielo de color azul intenso. Solo entonces volvió a recuperar la calma. Aquel cielo tenía la habilidad de ser su particular bálsamo. Ese cielo lo disfrutaría sola ese verano, con la esperanza de volver a compartirlo algún día con quienes fueron sus amigas del alma.

LA ESTRELLA FUGAZ

Surgió de frente, silenciosa, como si fuera una blanca cerilla prendida por detrás del Cabezo y lanzada al cielo para jugar con la noche. Su elegante y sostenido destello trazó en la bóveda celeste la ruta que tiempo atrás caminaron los vetones, buscando acomodo en estas tierras de Navas, tan ariscas en lo alto-donde las peina el viento-como frondosas allí donde las baña el río.

La fascinante visión de aquella Estrella les sorprendió abrazados en Las Eras, fuera del coche, recostados sobre un duro canchal de granito cuyo musgo se les antojaba terciopelo.

En su deambular, la estrella fugaz, fue contemplando desde arriba la amplia gama de verdes que dibuja el Alberche a su paso, mientras se retuerce sorteando laderas sierra abajo. Por un momento, su luminosidad se reflejó sobre el apacible remanso de Las Sildas, acariciando con su luz candente el lomo gélido de aquellas aguas quietas y cristalinas.

La estrella fugaz sobrevoló desde el cielo los senderos que tantas veces cruzaron las gentes de Navarrevisca. Rutas generalmente escarpadas, difíciles como la vida.

El sigiloso Cabezo, siempre reservado, a veces huraño, que sujeta con su espalda todo el firmamento para que millones de estrellas alumbren de noche Navarrevisca, apenas se inquietó al ver pasar la estrella. Ellos sí experimentaron ese emocionado temblor, esa honda fascinación que provoca el paso fugaz, de una estrella, y se abrazaron un poco más fuerte.

La estrella, en fin, ofreció una efímera

pincelada de luz a ese majestuoso techo de Navarrevisca que es la bóveda celeste.

Ellos siguieron fijamente con la mirada.
Absortos, con pupilas titilantes de enamorados.

Quizá la magia de estas estrellas resida en la imposibilidad de entender cómo puede venir de millones de años atrás, sostenerse apenas unos segundos y desaparecer como una exhalación sin dejar rastro.

Como la vida de cada uno.

Las de tantos hombres y mujeres que pasaron por Navarrevisca, dejando una huella breve en el tiempo, pero honda en los corazones. Gentes que construyeron el pueblo, levantaron sus casas, pasearon sus calles, disfrutaron sus fiestas, lloraron en sus rincones. Gentes que trabajaron, amaron, gozaron, sufrieron. Que letra a letra fueron escribiendo la historia anónima del pueblo. Historia luminosa en su momento, pero efímera en la inmensidad del tiempo. En la inmensidad del cielo.

Infinitas vidas que un día se encendieron y otro se apagaron. Con Navarrevisca de fondo. Como la estrella fugaz.

Las vidas de ellos dos se habían juntado esa noche. Y quizá sólo la estrella sabía que esas vidas se habían unido para siempre. Como tantos y tantos otros, a partir de esa noche ellos también dejarían su estela en Navarrevisca, bajo el cielo de Gredos.

No una estela de luz, una estela de amor.

“Rápido, piensa un deseo”- Dijo él.

Ella cerró los ojos y le besó al mismo tiempo que la estrella consumía su fósforo de luz y desaparecía ante la mirada callada del discreto Cabezo.

LA INCESANTE LUZ DE MAMA QUILLA

La luna: brillante, redonda, grande, misteriosa. Selene, para los griegos, salía todas las noches con su carruaje de plata tirado por dos caballos. Khonsu, Tot y Yah eran para los egipcios dioses de la sabiduría, la fertilidad, la música... pero también representaban al gran satélite terrestre. Los incas, allá por las montañas andinas, se referían a ella como *Mama Quilla*, la colocaban junto al Sol, como su esposa, y le dedicaban templos muy cerca de ciudadelas tan impresionantes como la de Machu Picchu.

Cuando la luna se esconde aparece el día. El momento de vivir; de salir a la calle y recargarse de energía. De disfrutar del sol, de la luz, del calor o el frío que nos ofrecen invierno y verano.

La luna y el día, dos amigos del ser humano pocas veces criticados por alguien. ¿A quién no le gustan los largos días del verano español, en los que las nueve de la noche brillan como las seis de la tarde en otros lugares de nuestro mundo? ¿Quién no disfruta con una luna llena, que alumbra las noches más oscuras y que se presta como la mejor de las modelos para los amantes de la fotografía?

En las montañas de Gredos, donde el día soleado es el mejor compañero para caminar por sus senderos y la luna brillante la mejor amiga de las oscuras noches, existe un pequeño pueblo que enamora a todo aquel que lo pisa y que deja un vacío gigante cuando pasas meses (o semanas) sin verlo.

La alegría se respira en cada uno de sus habitantes, pero sobre todo en los más pequeños. Vivir en la ciudad nos quita libertad cuando estamos en la más tierna infancia, pero cuando te acogen las montañas de la sierra no importa la edad que tengas, sus faldas parecen otorgar la mayor seguridad a los padres de las inocentes criaturas que por allí deambulábamos cada verano.

Sin apenas desayunar, salíamos corriendo de nuestras casas, sin pedir ningún permiso, y volvíamos solo para comer y cenar. Con la energía que caracteriza a los más pequeños, recorríamos de norte a sur y de este a oeste las calles sin ningún objetivo en concreto y sin apenas reparar en los hermosos parajes que rodeaban cada minuto de nuestras vidas.

Pedaleábamos en nuestras bicicletas haciendo creer a los que nos observaban que queríamos tomar velocidad, pero nuestro objetivo no era otro que intentar avanzar las agujas del reloj para que llegase cuanto antes nuestro momento preferido: la noche.

Cuando todo se oscurecía nos sentíamos más mayores que nunca. Podíamos seguir corriendo y jugando sin que importara si las doce ya marcaban un nuevo día. En los primeros años, las horas transcurrían entre "Rescate" y los cuchicheos en la Iglesia, donde nos poníamos al día con todos los cotilleos que habían ocurrido a lo largo de la jornada.

Pero la curiosidad nos llevaba a investigar lugares desconocidos, a los que, esta vez sí, nuestros padres no nos dejaban acceder con tanta facilidad. Con una mezcla de nerviosismo, miedo y osadía avanzábamos un poco más cada día, creyendo que así ampliábamos nuestras fronteras de juego sin que los más mayores pudieran limitarnos.

Y así, pasito a pasito, comenzamos a subir a aquel lugar que tantas veces habíamos visto de día y tan pocas de noche. El gran prado verde donde la luz nos muestra unos paisajes que invitan a correr, a tirarse en el césped y a disfrutar de divertidos paseos a caballo pero que la noche parecía transformarlo en un terreno de criaturas oscuras que nos propiciaban los mayores de los miedos.

“No subas a ese lugar por la noche”, nos repetían una y otra vez nuestros incansables padres. ¿Cuál era el miedo? ¿Los bichos? ¿Los fantasiosos monstruos que por allí merodeaban en las horas más oscuras del día? ¿Los espíritus de nuestros antepasados que adoraban tanto el lugar que no podían dejar de volver a él?

No. Aunque a mí no se me pasara nunca por la cabeza esa idea, allí se hacían “cosas de mayores”. Allí subían los “adolescentes lujuriosos” a esconderse de los adultos y expresar su amor de verano en su máximo esplendor.

Con total desconocimiento y acompañada por mis amigos, que a veces disminuían el miedo y otras veces lo acrecentaban, comenzamos a seguir el sendero que nos llevaba a ese lugar. ¿Por qué? La curiosidad era el principal motivo que guiaba nuestros pies hacia este enigmático mundo.

El terror me acompañaba cada noche que decidíamos emprender nuestro camino. Por mi cabeza pasaban todo tipo de historias de terror, de almas malignas que vendrían a atacarnos, de OVNIS que nos abducirían y nos llevarían a lugares muy lejanos. Pero en el fondo de mí sabía que había algo por lo que seguía enfrentando, noche a noche, mis miedos para poder llegar a ese lugar.

Cuando conseguimos subir a la gran roca que allí aguardaba a sus visitantes y nos tumbábamos en ella, soportando el frío, entendía todo: ese cielo que brilla con innumerables estrellas y que las mueve a su antojo transformándolas en constelaciones puede hacer superar cualquier miedo del ser humano.

El día nos quitaba el placer de poder disfrutarlo, y *Mama Quilla*, en su estado más pleno, otorgaba una luz que, si bien facilitaba el ascenso a la gran roca, tapaba todos los astros que hace millones de años desaparecieron pero que siguen otorgando tanta magia a nuestras noches.

MI CIELO DE GREDOS

Todos los días intentaba buscar un atardecer como los que contemplaba cada día en su pueblo, ahora tan lejano para ella, huyó de él intentado buscar una vida mejor. Se resistía a seguir rodeada de "moñigas" de vaca en la granja de sus padres, quería dejar esa pobreza que rodeaba su casa, su vida, no estaba bien en ningún sitio, siempre protestando cuando tenía que ayudar con las tareas de los animales, maldiciendo: "algún día me iré de aquí". Solo conseguía estar en paz cuando en la noche salía a contemplar las estrellas...

Encontró una oportunidad de trabajo en una pequeña ciudad de la vieja Europa, y allí encontró soledad y añoranza por su vida anterior... Echaba de menos ese momento mágico que tenía cuando caía el sol así que cada día buscaba un sitio para encontrarse con la noche. Recorrió toda la ciudad, esa pequeña colina, la plaza del pueblo, la orilla del río, y tantos otros. El sitio que más se podía asemejar a lo que tanto añoraba era un lago a las afueras de esa pequeña ciudad. Le gustaba mirar a esa pareja de cisnes enamorados, siempre juntos entrelazando sus largos cuellos. Siempre allí le llegaba la noche y con ella la tristeza que sentía al ver que ese cielo, hoy tampoco era como "su cielo de Gredos".

Un día, estando allí en ese mismo sitio, esperando...Tuvo la sensación de que alguien le llamaba, un susurro lejano ("nadie me conoce", pensó). Aun así volvió su cabeza, y el viento alborotó su pelo, escuchó unas palabras sin ningún sentido...vio a lo lejos una figura borrosa, un espejismo, parecía una persona, sus miradas se cruzaron, él levantó la mano a modo de saludo, se dio media vuelta y desapareció...A la semana siguiente sucedió algo parecido, de camino al lago escuchó cómo el viento le rozaba la oreja, susurrándole lo mismo...y cómo no... allí estaba él, en la distancia.

Pasaron los meses, ella cada vez más triste, más sola, pensando a cada momento cuánto echaba de menos su vida anterior, obsesionada por encontrar su cielo perfecto, el viento cada vez más enloquecido y él cada vez más cerca..

Y es así cómo una tarde de otoño, estando en su banco de siempre con su libro entre las rodillas, con la triste mirada puesta en aquellos dos cisnes, él apareció, no era como otras veces, venía con rabia, con fuerza dispuesto a vencer y no ser vencido, las páginas del libro empezaron a cobrar vida, su melena se alborotó, jugó con su sombrero, hasta que al fin se lo arrebató, empezó a volar libre, ella corrió tras él. De repente todo se calmó, dejó de soplar, allí estaba él, ambos se agacharon a recoger el sombrero, sus manos se rozaron suavemente, sus miradas al fin se hicieron nítidas, se acercó a su oído susurrándole las mismas palabras que tantas veces había escuchado... "Lo que buscas no lo encontrarás aquí...tu vida no está aquí, ese cielo que tanto anhelas es especial porque está allí..., te están esperando... ES HORA DE VOLVER..."

María Burgos Rojo

Y QUE DIGAN LAS ESTRELLAS

Yusuf nos abandona sin más en medio de esta masa de arena, junto al cadáver – aún caliente, supongo-. Nos acaba de soltar algo en árabe, calmadamente, sí, pero y qué: ni que fuéramos a entenderlo. Se aleja a buen paso y sólo le lleva unos pocos minutos desaparecer en aquel horizonte naranja hacia donde ya se abalanza el sol sin remedio.

No me explico cómo puede haber ocurrido todo esto, ni sé qué tal fuerza nos habrá mandado esa maldición marroquí. No puedo evitar contener las lágrimas, que no son capaces de alcanzar el suelo después de resbalar por mis mejillas, pues el abrumador calor las desintegra sin piedad y mueren en el aire.

Los primeros días en Fez han resultado más duros de lo que pensábamos: muchos comerciantes se han negado a negociar con nosotras, porque querían una presencia masculina para proceder al regateo y eso pesaba mucho más que su ansia por vender. Este hecho nos ha amargado la estancia más de lo que habríamos imaginado, puesto que precisamente venimos huyendo del yugo intolerante de nuestras familias para acabar en un lugar donde nuestra libertad se siente aún más asfixiada.

Sin embargo, nuestro pesar se ha apaciguado con el solo hecho de poder caminar de la mano. Ya sabíamos que no podríamos airear nuestro amor en un país árabe, pero aquí los hambres pasean agarrados con normalidad, en símbolo de amistad o de confianza o de lo que sea (excepto de amor), con lo que nosotras procedimos desde el primer momento a copiarlos y nadie nos ha mirado de tal o tal manera, ni nos ha obligado a escondernos por aquello del qué dirán.

Aquí me siento totalmente diferente que en Navarrevisca: nadie nos conoce, nadie nos juzga (o por lo menos, yo no me entero de que nos juzguen, que es lo mismo) por caminar juntas, por hacernos alguna carantoña sincera e inofensiva. Ir de la mano por la calle nos ha llenado de felicidad, de una felicidad sólo afeada por la devaluación de la mujer a la hora de negociar el precio de algunos productos.

La primera noche nos alojamos en un hostel de mala muerte al lado de la puerta principal de la ciudad, pero al día siguiente una señora nos ofreció su casa por un módico precio –una casa azulejada muy morunamente- y nos quedamos allí durante tres noches más: estuvimos dando largos paseos por la laberíntica ciudad, sin alejarnos nunca demasiado de nuestro alojamiento, probamos la deliciosa comida local y nos exploramos a fondo entre aquellos azulejos y cortinajes de la morada que habíamos alquilado. No teníamos pensado hacer nada más, huimos por el disfrute de estar solas, no por el de conocer lugares exóticos, hasta que ayer conocimos a Miti y sus secuaces. Miti tenía los dientes retorcidos, afán de liderazgo, quince años, un vicio desmesurado por el hachis y muchísimas ganas de hacer negocios. Nos ofreció un precio más que bueno para ir al desierto hoy mismo y no dudamos en aceptarlo, pero porque no sabíamos que en menos de veinticuatro horas estaríamos esperando a Yusuf, mirando (sin querer verlo, pero viéndolo) cómo la arena cubría poco a poco el cadáver; poco a poco, la arena.

Anoche Miti nos dio las indicaciones pertinentes: quedaríamos en esa misma plaza donde estábamos, a las cinco de la mañana. De vuelta a la casa. Le mostré a Fátima mi preocupación por el trato que acabábamos de hacer, pero ella le quitó hierro al asunto, como siempre. Me dijo que me preocupaba demasiado y me insinuó con poca sutileza que eso era lo que frenaba que lo nuestro fuera público.

Discutimos. Nunca lo habíamos hecho, pero discutimos, en nuestro primer viaje solas, no sé si por verdad o por miedo o por incomprensión. Fátima se cabreó tanto que rompió un jarrón de casa contra el suelo. Al final durmió en otra cama y yo no intenté convencerla de que no lo hiciera, aunque lo que más me apetecía era dormir acurrucada en su calidez. Soñé todo lo *soñable* respecto a nuestra relación –aquí, en el pueblo-, respecto a nosotras en el desierto –secuestradas, violadas-, respecto a no tener que haber venido. No puedo negar que no tuviera razón Fátima: yo soy quién no quiere que se entere nadie de lo nuestro, a mí me importa qué pensarán los demás, pero ¿por qué?

Esta mañana, cuando hemos cogido el taxi, Fátima todavía no me había mirado a la cara, y se ha pasado todo el viaje en silencio, sin comentar los cambiantes paisajes, las

canciones y bailes del conductor bereber que no paraba de esnifar tabaco, las tortas del desayuno que sabían igual a las que hacían en la panadería del pueblo años atrás, la llegada al desierto. Se ha deslizado por las dunas en silencio. Se ha comido el tajín sin mediar palabra, ha ignorado el hecho de que Miti nos pidiera el doble de dinero de lo acordado, no ha hablado sobre la altura de los camellos, ni sobre su esbeltez.

Casi me alegro de que ahora estemos junto al cadáver, porque Fátima me está abrazando, no sé si conmovida por mis lágrimas o acongojada por los hechos recientes. Supongo que le habrá resultado duro ver desde atrás cómo mi camello andaba apesadumbrado, apoyaba la cabeza sobre el trasero del de Yusuf, sorteaba las dunas con dificultad y, finalmente, gritaba y caía dócilmente derrumbado.

-Joder, creía que te me matabas- ese se me me clava en el espíritu-. Menos mal que estás bien.

Miramos al cadáver, y por primera vez en muchas horas, aunque con nerviosismo, sonreímos.

-Ya te digo, vaya susto.

Aunque Yusuf viene raudo con otro camello, la beso.

-Cuidado, que viene...

-Me da igual.

La vuelvo a besar.

Yusuf no se inmuta ante nuestro acto y sólo dice:

-Otra camello, maticamellos – me hace subir mientras ríe con tos, los dientes negros-
¡Maticamellos, maticamellos!

La noche va cayendo a los lomos de las bestias y los últimos destellos del sol le regalan una tonalidad aún más naranja a la arena, apabullante y gloriosa. Llegamos al campamento antes de que la oscuridad se cierna y Yusuf se pergeña una hoguera en un abrir y cerrar de ojos y nos prepara una rica cena en una olla dentro de la arena, aprovechando el calor natural de la tierra.

Después de matar el hambre, Yusuf toca los timbales y entona bellas y misteriosas melodías bereberes y fuma hachís. Fátima y yo nos arremolinamos bajo una manta, a merced de la música y de la inmensidad, rodeadas de arena y de estrellas, tantas como en el cielo de Gredos. Aquí estamos: perdidas en medio de la nada con unas estrellas que no nos juzgan, unas estrellas sinceras, sonrientes, felices en su constelación, capaces de realizar uniones imposibles, de ostentar su brillo, de mostrarse en cualquier lugar sin que importe quién las mire.

-Cuando volvamos, pienso besarte bajo ese manto de estrellas de Las Eras, delante de todo el mundo o de nadie. Qué más da.

Patricia Martín Rivas

EL VIAJE DE DERA

(Categoría infantil)

Te sorprendería ver lo poco que mira la gente hacia arriba. La luna, las estrellas, el sol...

Dera era una gata muy especial, y ya sabréis por qué.

Su dueña era Clare, una famosa cantante, que al ser arruinada su carrera se hizo observadora de estrellas.

Pasados unos años Clare decidió adoptar una gatita y cuando creciera llevar a la primera gata a la luna. El collar tendría una camarita que saldría en la tele.

Al ser adoptada Dera era muy feliz. Ella sabía que dentro de poco iría a la luna de excursión.

Dera ya creció, era un día antes de su viaje. Estaba nerviosa.

Ya llegó el gran día. Dera subió al gran cohete llamado azul 2003. Tenía miedo, mucho miedo. Pero ella subió, era muy valiente.

Ya llevaba un día y lo único que hacía era comer y comer. Un día las conexiones a la Tierra se cortaron. Ella estaba asustada. Pero unos seres muy raros la consolaron, eran parecidos a las rocas, solo que con cara.

Se hizo amiga a partir de ese momento en el que la consolaron.

Dera no volvió a ver a Clare, pero por otra parte hizo muchos amigos, y vivió muy feliz con ellos.

Mara Sánchez Torralba

FRONTERA REAL

Te sorprendería ver lo poco que mira la gente hacia arriba, los sueños que flotan y se pierden por las ventanas cerradas de la realidad.

Me llaman loco por querer alzar la mirada en busca de tus ojos, por querer quererte, por desearte sobre todo.

Pagaré gustoso el precio y me aferraré a la locura, abriré mi ventana y la única frontera que pondrá la realidad será la que alcancen mis sueños, los tuyos, los nuestros.

Adrián Duque Pons

EXPERIENCIA VIVIDA

Te sorprendería ver lo poco que mira la gente hacia arriba. Creo recordar que fue mi abuelo quien me dijo estas palabras, o tal vez, mi padre, no sé. Lo que vi es que ha calado en lo más hondo de mi ser.

Qué grandes son las palabras de los mayores, qué sabiduría encierran sus consejos, y sobre todo, como solemos decir coloquialmente, “qué razón tienen”.

En esto consiste la sabiduría popular, en contar experiencias vividas, en describir situaciones cotidianas y plasmarlas en no más de unas palabras.

Me pregunto si yo algún día seré protagonista de alguna de estas palabras, es decir, si de mi existir saldrá el inicio de un dicho popular, creo que no. Todo tiene que venir heredado, lo bueno y malo, lo genético y espiritual. No sería sabiduría popular si no viene heredado, si no ha pasado el tamiz de varias generaciones.

Mirar hacia arriba, es mirar más allá, donde se pierden las estrellas, donde no encuentras las respuestas, pero sin embargo, qué poca gente mira. Qué poca gente se para a pensar qué hay más allá de la altura de mis narices.

Alza la mirada, contempla algo más que la realidad terrena, disfruta, vive. Experimenta el placer de saber que por encima de ti hay algo, hay más, hay vida.

David García Muñoz

LAICA, LA PERRA ESPACIAL (Categoría infantil)

Te sorprendería ver lo poco que mira la gente hacia arriba. Las estrellas, la luna, el Sol, las constelaciones...Laica era una perrita normal, sus dueños eran los señores Tinquel.

Su historia comienza el 3 de junio de 1933. Cuando su madre dio a luz a 8 cachorros de Golden Retriber. El día 5 de junio el señor Tinquel adoptó a Laica. La señora Tinquel se llevó una sorpresa...porque Laica era el regalo de la señora Tinquel. Al año de adoptar a Laica a los señores Tinquel les tocó la lotería. Al segundo año a los señores Tinquel les llegó una herencia de 50.000.000 euros y una casa...

Laica era LA PERRA de la SUERTE.

La pareja decidió llevar a la perrita a los escenarios y...se hizo muy muy famosa. Cuando Laica cumplió 11 años enviaron a Laica al espacio en la nave espacial “Space 0.01” el 6 de junio de 1944 y...al día siguiente falleció. En honor a Laica el 6 de junio se enviaron las fotografías de Laica y de su familia también se envía el sarcófago de Laica al espacio. A los pocos años del fallecimiento de Laica los señores Tinquel también fallecieron.

Iratxe Méndez Balcazar

LAURA Y EL ESPACIO

(Categoría infantil)

Te sorprendería ver lo poco que mira la gente hacia arriba. Porque hace sol y les deslumbra los ojos y no los puedes abrir. Si miras con un telescopio verás las estrellas más cerca de lo que están y verás los planetas.

Había una vez una niña que se llamaba Laura y su padre era astronauta y el sueño de Laura era ir a la Luna y conocer los planetas.

Todos los días Laura miraba al cielo deseando algún día poder ir al espacio.

Laura tenía 6 años y ella cada noche miraba por el telescopio las constelaciones. Catorce años después Laura trabajó en la Nasa y un día tuvo que ir al espacio y allí vio todos los planetas y se ilusionó mucho.

Al final Laura cumplió su sueño.

Aileen Gómez Martín

OPORTUNIDADES

Te sorprendería ver lo poco que mira la gente hacia arriba.

Todos conocen a mi abuelo, pero lo que más les llamaba la atención eran sus dos huchas; en una, con forma de vaca - porque decía que los cerdos eran para comer -, guardaba diariamente tres euros "quinientas pesetas - decía-, para la universidad de mis nietos". En otra, una cajita de madera rota, sin cerrojo, sin llave, guardaba su misterio: un papel y billetes (hasta hoy no conocía su valor).

En su lecho de muerte su arrepentimiento y seis palabras me marcaron: "olvida las palabras de la caja". Sus ojos decían que la materia es la vida, pero sus palabras narraban que la vida tiene la materia lejos de ti. No entendía el porqué me apartaba para mirar la ventana, la sierra, su casa, su vida.

Tras el funeral me encontré solo, mirando, triste, la caja de madera, su misterio, ahora mi misterio. Me puse un café sin azúcar - sin materia -, pensé que había una vida en él, sus objetos vitales, su experiencia y me decidí. Los ojos me daban vueltas al ver tanto billete junto, pero me decidí a ver la nota antes de contar "mi herencia":

"Cada vez que miras hacia arriba, pierdes la oportunidad de encontrar alguno de estos billetes".

En este momento vi los ojos de mi abuelo fijos, en su cama vieja, mirar un cielo que ser iría para siempre a su nueva vida.

Rodrigo Garcinuño López

OPTIMISTA HASTA EL FINAL

Te sorprendería ver lo poco que mira la gente hacia arriba. Porque hay veces que puede resultar muy difícil llegar a ver las cosas desde un punto de vista más amplio y optimista. Porque hay veces que piensas que el mundo se derrumba y todo se acaba para siempre. Por eso, la gente en ocasiones no hubiera deseado nunca correr la suerte que vive en este preciso momento, Y en mi caso ocurre lo mismo. Sentado en una silla miro entristecido hacia el techo. Nunca hubiera imaginado estar en una situación tan preocupada, y mucho menos en este lugar. Los minutos transcurren como horas. Todo está en silencio. Un silencio sepulcral lleno de tensión. Dirijo una mirada distraída hacia la gran ventana que tengo a mi derecha. Fuera, la lluvia cae a torrentes. Mis padres y mi hermano están al otro lado de la habitación. Mi hermano se debate entre la vida y la muerte. Es duro decirlo, pero es así.

Sentía preocupación. Me sentía inquieto y nervioso a la vez. Porque a saber qué estaba ocurriendo al otro lado de la habitación donde los enfermeros entraban y salían con gesto apresurado. Mis padres habían decidido no despegarse de mi hermano en estos días. Es una de estas situaciones en las que uno no sabe qué hacer o cómo actuar. Una situación en las que, como yo, se queda uno en blanco.

Sí, sentía preocupación, impotencia por no saber cómo arreglar estos momentos duros por los que pasamos mi familia y yo en estos momentos.

Pero por otro lado sabía que mi hermano podía superarlo. Confío en él. Se ha enfrentado a cosas que él mismo decía que era imposible superar. Sé que no se puede comparar todo eso para el caso, pero al menos servía para consolarme. Dichos pensamientos hacían que me sintiera fuerte, mirando hacia arriba con optimismo.

Se abre la puerta de la habitación. Aparece mi madre. Tenía lágrimas en los ojos, pero su mirada no mostraba tristeza sino alegría. Mi hermano se había salvado. Había salido bien la operación.

Jorge Herrera Infante

REFLEXIONES SOCIALES

- Te sorprendería ver lo poco que mira la gente hacia arriba.

-¿A qué te refieres?

-A que nadie se para a reflexionar sobre su vida ni 5 minutos al día. Yo sí lo hago. Cada noche antes de dormirme me siento en mi terraza y, mientras contemplo las estrellas, pienso en mis acciones del día y si han servido para alcanzar mi ideal de vida feliz, plena. Ayuda mucho a superarse cada día.

-¿Por qué crees que la gente no hace esto?

-Es esta sociedad capitalista la culpable. La mayoría de gente no sabe cuál es su ideal de felicidad. Es lamentable pero es así. No sabemos pensar. Es culpa del sistema educativo, que no enseña a pensar, sino a obedecer. Dime, ¿cuántas veces en clase de lengua, por ejemplo, has podido escribir sobre lo que quisieras, dejar volar tu imaginación?: muy pocas. Las élites lo han hecho muy bien. Han usado la educación para que nos autocontrolemos. Debemos cambiar esta situación si queremos avanzar. Por eso lucho por una educación que enseñe a pensar, no a obedecer.

-Has mencionado el ideal de felicidad. ¿Cuál es el tuyo?

-Creo que hay dos clases de ideal de felicidad: material y espiritual. El mío sin duda es espiritual. Siempre me identifico con una frase: no es más rico quien más tiene, sino quien menos necesita. Soy feliz con muy poco. Salud, familia y amigos. Son mis tres pilares. Aunque debo reconocer que de vez en cuando me permito algún que otro capricho, pero bueno. El capitalismo es muy influyente, algo se incrustó en mí.

Por otro lado, el ideal de felicidad material cumple las premisas del capitalismo a rajatabla. Dinero, dinero y más dinero. Lujo, desenfreno y excesos. Como sabes, hay millones de casos. ¿Qué me dices de los escándalos de Urdangarín y Pujol? ¿O la trama Gürtel o los ERE de Andalucía? Bochornoso. Pero este ideal material no solo se ha instalado en las altas esferas políticas y económicas, sino en toda la sociedad. Todavía me acuerdo de esas familias que en plena bonanza económica se compraron sus apartamentos en la playa hipotecándose hasta las cejas y ahora están en la ruina porque no tiene trabajo. Ésos no se merecen nada, que se jodan. Bien que presumían antes. Una película que refleja muy bien este ideal materialista es "El lobo de Wall Street".

-Educación para obedecer e ideal de felicidad materialista son dos grandes problemas de la sociedad actual que has descrito. ¿Existe algún otro?

-Sí, cuando te he dicho antes que la gente no mira hacia arriba también me refería al profundo egocentrismo que reina. Solo nos preocupamos de nuestro culo y si nuestro compañero está en dificultades miramos hacia otro lado. Mientras nosotros, estemos bien, el resto nos da igual. Y así el egocentrismo se manifiesta mediante la indiferencia: personas en

riesgo de pobreza que no van a manifestaciones, trabajadores explotados que no hacen huelga...

Lo peor de todo es que estamos ante un círculo vicioso. La educación que nos enseña a obedecer provoca que las élites económicas nos impongan el ideal de felicidad materialista mediante la publicidad. Y una vez que estamos absorbidos por la sociedad del consumo, solo nos importa nuestra comodidad, apareciendo el egoísmo y la indiferencia.

-Deduzco que no eres muy optimista.

-Sí lo soy. Aunque en la entrevista haya predominado un tono pesimista, tengo esperanza de que mucha gente perciba esta situación y cambie el chip. Yo lo hice, ¿por qué otros no?

-Si te soy sincero, esta conversación me ha servido para empezar a cambiar el mío.

-Entonces ha merecido la pena. Bienvenido. Hay que ir poquito a poco. Siempre me remito a un refrán: "un grano no hace granero pero ayuda al compañero". Llegará el día en que hagamos granero y las cosas cambien.

Sergio González Sánchez

UN VIAJE ESPACIAL (Categoría Infantil)

Te sorprendería ver lo poco que mira la gente hacia arriba. Mirar al cielo, ver las estrellas, cometas, asteroides. Con el telescopio se pueden ver muchísimas cosas: galaxias, agujeros negros, la Vía Láctea, los satélites y los más emocionante ¡algunos planetas! A mí principalmente el planeta que más me gusta es Neptuno, me encanta su color azul como el río cristalino.

Nataly, una niña de 12 años, es una astrónoma espectacular. Le encanta observar las estrellas: el carro, la osa mayor, la osa menor, el cazo, la estrella polar, la estrella frontal, etc. Nosotros, La Tierra, al igual que todos los planetas, giramos alrededor del sol.

Bueno, os voy a contar la historia de Nataly. A Nataly le encantaba jugar con sus amigos. Un día por su cumpleaños le regalaron un telescopio. A Nataly al principio le sorprendió porque a ella solo le gustaban los unicornios.

Nataly se quedó sorprendida. Poco a poco Nataly se fue aficionando. Una noche Nataly no se podía dormir y decidió salir a observar las estrellas. A lo lejos Nataly vio un cometa que se acercaba poco a poco. Nataly se puso muy nerviosa. Con su telescopio veía cómo el cometa se iba desintegrando y se tranquilizó. Desde ese día le cogió muchísimo cariño.

Silvia Asensio Sánchez

SÉPTIMA CHARLI

(3º Premio de Escritura Rápida “Marramblas y Farraguas”)

...Te sorprendería ver lo poco que mira la gente hacia arriba.

A la derecha, el tráfico normal de vehículos y peatones de un día cualquiera en una de las arterias principales de la capital.

De frente, un piso más abajo, una joven tomando el sol en el balcón. Dos pisos más abajo una señora planchando mientras su marido ve la tele tirado en el sofá. Abajo, en la calle, un hombre sacando dinero del cajero.

En la plaza niños jugando a la pelota junto al monolito. Familias, amigos, sentados en las terrazas. Gente con bolsas en las manos tras realizar sus compras.

A la izquierda unas 20 ó 30 adolescentes histéricas haciendo cola. Colchonetas, sacos de dormir, juegos de cartas, bocadillos y muchas canciones.

Más allá un tráiler maniobrando para salir de la rampa del parking y una patrulla de la policía municipal.

Todos y cada uno con sus cosas, sus problemas y sus alegrías, sin pensar en las de los demás, y por supuesto, sin reparar en su observador.

- le dijo a su amigo evocando la visión desde su atalaya en el ascensor panorámico de la Séptima Charli.

Rafael León del Río

CARTA A LUCÍA

(2º Premio de Escritura Rápida "Marramblas y Farraguas")

Te sorprendería ver lo poco que mira la gente hacia arriba. Querida Lucía, todos van cabizbajos, con el alma en pena, mirando sus propios pies. A duras penas puedo yo esquivarles cuando camino con ellos. Por ese angosto pasillo de dos metros de ancho por diez de largo. Una y otra vez, volvemos sobre nuestros pasos de ocho a tres, sin más que hacer que el de esperar a que nos sirvan un plato de arroz seco que bien se podría utilizar de argamasa para pegar ladrillos. En esos momentos pienso en ti intentando no perder la cabeza pero un sentimiento de tristeza se ha ido metiendo en mi cuerpo lentamente. Pienso en ti, en los niños y en ese maldito instante en que imaginé que todo saldría bien. Me maldigo cada día por el calvario que os estoy haciendo pasar y sé que no merezco tu perdón, pero necesito volver a decírtelo en esta carta que espero no tires antes de leer.

Llevo contadas las mentiras que te he escrito desde que entré en este centro de deshumanización. Así he decidido llamarlo porque aquí, poco a poco, te van quitando el alma. Esta es la carta número 103 en los cinco meses que llevo encerrado, pero no he obtenido ninguna respuesta. Confío en que se trate de una maniobra de los vigilantes, que hayan requisado todas y ninguna haya llegado a salir de esta pocilga. Temo que no sea así, pero tengo la esperanza de que no te hayan llegado y no sepas dónde escribirme. Pero no creas, la duda me asalta cada viernes a las 15:30 cuando al terminar el almuerzo algunos se ríen de mí porque me voy de vacío en el reparto del correo. Me han apodado incluso como " el coronel " por la obra de García Márquez ya que cada viernes, el brigada Soler saca a relucir su par de dientes de oro y con una sonrisa en la boca repite con sorna la misma frase: "y por último, el coronel no tiene quien le escriba". La ira se apodera entonces de mí mientras cierro con fuerza mi puño derecho. Pero sólo me dura un segundo. Los 20 kilos perdidos han hecho mella y sé que no aguantaría ni un momento en pie si decidiera romperle la boca y saltarle los dientes de oro al brigada Soler por su insolencia y desprecio. Lo que no quiero perder además, es el derecho a caminar por la celda por las mañanas, ni el derecho a papel y bolígrafo durante un mes. Si lo hiciera tendría que soportar los dolores de la correspondiente paliza en la oscuridad de un zulo en el que se castiga a los desobedientes, el dolor de la soledad que sin

duda es más intenso y constante, y el dolor de saber con certeza que no recibiría ninguna carta tuya en ese tiempo.

He hecho algún que otro amigo. Te parecerá curioso, pero a pesar de mis habilidades sociales, he tardado cinco meses en mantener una conversación de más de cinco minutos con un compañero. Primero tuve miedo de saber con quién trataba. Como ya te conté, lo primero que te dicen al entrar aquí es que vas a compartir "hotel" con estafadores, ladrones, asesinos y muleros como yo. Después me di cuenta de que la muerte no era el mayor de mis temores, así que la amenaza de enfrentarme a alguien que había arrebatado la vida a otro pasó a un segundo plano. Cuando fui consciente y me dispuse a hacer amigos, me di cuenta de que aquí nadie habla con nadie de viva voz. Aquí se habla en silencio porque todo lo que hay que decirse se puede contar con los ojos. Pero no creas, incluso eso es complicado. Sólo hay dos momentos en que alzamos la vista y cruzamos miradas. Uno, en la hora del almuerzo aprovechando que solo dos vigilantes cuidan el comedor y la tensión del ambiente se relaja. Ahí ha sido precisamente donde he conocido a Jacinto Romero, "Romerito", un aspirante a torero que vio en las promesas de los narcos la manera de conseguir un hogar para su madre, su mujer y sus cinco hijos. Como yo, lejos de cumplir su sueño, solo consiguió darle más disgustos, más deudas y más llantos. Ellos vienen a visitarle cada domingo y como las visitas se reciben en el patio "Romerito" le ha dicho a su madre que diga que viene a visitarme a mí para que esté así más tiempo fuera de la celda. A ella le he dado esta carta con la promesa de su envío. De ella me fío, de los vigilantes no.

Pocas noticias más tengo que contarte. Sólo que parece que en la embajada ha habido avances aunque no tengo mucha esperanza. El abogado dice que sin plata no hay defensa porque sin plata no se puede comprar al juez, y que por cauces normales, me puedo dar con un canto en los dientes si de los diez años de pena impuestos, paso los últimos cinco en España. Confío en que desde allí se pueda hacer algo más, porque si cinco meses ha sido una eternidad, no me imagino qué pueden ser cinco años si no diez.

Perdóname por todo. Te quiero. Espero tu carta.

Mario (Preso 110, Prisión Modelo. Colombia)

Virginia Hernández Paz

MI CALCETÍN

(1º Premio de Escritura Rápida “Marramblas y Farraguas”)

Te sorprendería ver lo poco que mira la gente hacia arriba. Les preocupa tantísimo que les hayan cambiado a todos un calcetín, que ignoran los tejados a dos aguas, los nidos de las golondrinas, las cariátides o los atlantes, el tejido algo espeso de las nubes, las fiestas en las azoteas, la luna.

Les apalea la conciencia que les hayan desperejado su par (¡si un par siempre ha de estar parejado!) y no pueden dejar de observarlo, atontados, buscando una explicación.

Ya no miran hacia arriba ni para encontrar los ojos de la otra gente: para qué, si el resto también anda con la cabeza gacha, si en todo caso se verían unos párpados entrecerrados.

Les carcome la discordancia de los colores, pero, ¿es que acaso el que hizo aquello no tenía ningún gusto? Se podría haber molestado en buscar un calcetín parecido o, por lo menos, que hiciera juego.

Ya se la trae al paio lo que pase arriba, lo que elucubren arriba, lo que saqueen arriba; porque lo de todos no es de uno, al menos no lo es tanto tanto como su propio calcetín (¡su calcetín!).

Pero tampoco es que vayan a hacer nada por recuperar la envoltura de su pie (¿de sus pies?): quedarnos pasmados es más que suficiente.

Patricia Martín Rivas